

DISCURSOS EN LOS FUNERALES
DE DON ENRIQUE MOLINA

DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION,

DR. IGNACIO GONZALEZ GINOUVES

EN LO apacible de una corta y gloriosa ancianidad se ha extinguido la larga y fecunda vida de don Enrique Molina.

Hubiéramos querido que quedara para siempre cercano, entre nosotros. Nos consuela de su pérdida, el que es la realidad de una ley inexorable y el que nos deja el más bello y grandioso legado de obras, ideas y acción.

Desaparecida su materialidad de nuestro contacto, nos queda su recuerdo, que será perdurable. Tan perdurable como la semilla de bien y de cultura que sembró; tan eterno como son los valores intelectuales y espirituales que él cultivó, perfeccionó y difundió; tan permanente como será la obra educativa que realizó durante tantos años, tan definitivo como la Universidad que realizó y formó.

¿A qué hablar de su obra si todos la conocemos, vivimos y admiramos?

¿A qué recordar su llegada a esta ciudad, en 1915, joven, pero ya prestigiado por su actuación en Chillán y Talca, y su avecindamiento e incorporación en la vida y el alma de Concepción?

¿A qué rememorar su papel en la gestación de la Universidad, su actuación en la fundación y realización de ella y su sabia dirección durante sus primeros —y decisivos— 34 años de vida?

Nuestro era; nuestro es su recuerdo y el dolor recogido con que lo perdemos. Suyos hemos sido todos; sí, todos los de esta tierra y de otras; porque de jóvenes estuvimos en su corazón, y también de viejos, todos los que quisimos aprender.

¿A qué gritar lo que sentimos si el mismo dolor nos une y nos acongoja?

Pocas obras han sido más valiosas para el destino de una ciudad y de un país que la Universidad, para la zona de Concepción y para

Chile entero. Muchos hombres contribuyeron con su esfuerzo y su aporte a su fundación, desarrollo y brillo; ocioso y largo sería hoy recordarlos, aun cuando al hacerlo, rendiríamos un homenaje a quien los inspiró, los orientó, los guió y los alentó en muchos momentos de dificultad o de flaqueza, y fue la mano realizadora de una obra que no tiene parangón en nuestra historia.

Por eso, no hay agradecimiento capaz de expresar lo que sentimos ni hay elogio capaz de decir lo que fue, para el país y para nosotros, don Enrique Molina.

Fue educador por vocación. Fue un estudioso, un intelectual, un filósofo, por pasión, por ansias de saber, por deseo de ser mejor.

Su prestigio se difundió por nuestra tierra y transpasó nuestras fronteras. Fue, con Vasconcelos, con Rodo, de los que podrían llamarse Grandes de la Cultura y del Pensamiento Sudamericano.

¡Qué hermosa y fecunda vida! La vivió plenamente en sus aspectos más elevados y nobles. Su obra se ha derramado en bienes que aprovechan nuestra cultura, nuestra educación, nuestra juventud, y el progreso del país.

El mismo nos lo dijo: "no nos queda más que ser siempre valerosos; no pocas veces dispuestos a la resignación y al renunciamiento, y ser buenos, justos y capaces de amor con los compañeros de viaje".

Podemos mostrar su vida con orgullo. En ella se inspirarán muchos hombres en el futuro. Será fuente fresca y cristalina, elixir, bálsamo, ejemplo. Para los que, salvadas las distancias, caminamos por la vereda de su sendero, será estímulo y desafío inalcanzable, y luz que guiará nuestros pasos.

La educación chilena fue su tema. La Universidad de Concepción fue su obra. Les dio su vida. Todo lo hizo por ellas: ¡Y con qué grandeza! ¡Y con qué generosidad!

Nunca, en nuestra casa, dejaremos de llorarlo.

Jamás su recuerdo —o su nombre— estará ausente del corazón de los universitarios de Concepción que lo sienten y lo lloran, como lo llora nuestra ciudad, y lo siente el país entero.

Su ejemplo y sus palabras mitigarán nuestra pena. "El espíritu, dijo, tiene que sacar de sí mismo las fuerzas para sobreponerse a su angustia y éstas las encuentra en sus virtudes y en dos realizaciones supremas: el amor desinteresado y el valor".

"La esfinge se torna sombra amiga y perpetua si tenemos valor hasta para saber morir; si sabemos ser buenos hasta el fin".

Bellas palabras; serenas y ponderadas como todas las suyas; como fue su vida, como fue su obra, como fue su voluntad creadora.

Adiós Don Enrique:

Desde este umbral yo lo despido en nombre de muchos hombres agradecidos y dolientes.

Usted formó esta casa, piedra sobre piedra, con ilusión, con dolor y con amor; porque su vida fue creación y dádiva, trabajo y amor.

Adiós Don Enrique:

Quisiera ser sereno y ponderado, al decirle estas últimas palabras. Sereno y ponderado como Ud. habría querido que fuéramos; como Ud. era.

Pero ¿Cómo guardar la serenidad y encontrar la palabra justa cuando el dolor nos conturba y la luz se ha extinguido?

Adiós Don Enrique. La Universidad de Concepción será el monumento que el destino ha levantado a su memoria para el desarrollo libre del espíritu.

DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE,
SEÑOR EUGENIO GONZALEZ ROJAS

CON EL pesar de quien, siendo un inquieto joven en busca de su propio camino, en época lejana, escuchó de él palabras de orientación y estímulo, y, después, a lo largo de años numerosos, tuvo la honra de ser su amigo, recibiendo de él muchas veces incitaciones cordiales, vengo a rendir el homenaje de la Universidad de Chile a don Enrique Molina, hombre representativo de la cultura nacional.

No intentaré esbozar siquiera el elogio ceremonial de la vida, la personalidad y la obra de don Enrique Molina. Hacerlo, con la póstuma objetividad del juicio justiciero no sería dable en momentos como éstos, de unánime emoción que a todos nos hermana en íntimo recogimiento ante la tumba del maestro. Acaso el único homenaje digno de su espíritu —que ha regresado al misterio de sus orígenes— sería el de un hondo, meditativo silencio.

Ahí está su vida, vida de pensamiento esclarecedor y de acción fecunda, consagrada por entero a la defensa de los valores morales en un mundo donde tienden a prevalecer los valores meramente utilitarios, vida plena de dinamismo creador en la lograda armonía de ideas renovadoras y realizaciones eficaces, dispuesta siempre a prodigar energías y entusiasmos en empresas de interés social,

Ahí está su personalidad que destacó por la superior aptitud de la inteligencia, por la firmeza de su voluntad laboriosa, por la capacidad de comprender y servir que es el mayor signo de excelencia porque es la capacidad de amar, la vocación de bondad sin la cual nadie puede alcanzar la plenitud interior, ni la grandeza verdadera.

Ahí está su obra. La obra suya de maestro de tantas generaciones que por la cultura en que él las introdujo y su inspirador ejemplo tomaron conciencia de su responsabilidad social. La obra suya de pensador en alerta vigilia ante los grandes problemas del conocimiento y de la vida. La obra suya de constructor perdurable en esa su expresión máxima —suficiente por sí sola para brillantar un destino— que se llama Universidad de Concepción.

La vida, la personalidad y la obra de don Enrique Molina se integraron en serena armonía. Fue un humanista para quien, por el hecho de serlo en cabal autenticidad, ninguna forma elevada de la cultura podía ser ajena, como tampoco ninguna noble expresión de la vida. El estilo y el sentido de su dilatada existencia, en incesante proceso de enriquecimiento espiritual, hicieron de él, en su venerable ancianidad, uno de esos valores eminentes que enaltecen a la nación entera.

Así, investido de una inmarcesible autoridad intelectual y moral, don Enrique Molina continuaba ejerciendo desde la sencillez de su retiro, junto a la Universidad que tanto amó y sirvió, un indiscutido magisterio al que no se llega por virtud de diploma académico: el magisterio de la madura sabiduría y del natural señorío que destacaban la superioridad de su condición humana.

Como pensador, don Enrique Molina buscó afanosamente el huido destello de la verdad en las diversas instancias de lo real hasta llegar —como tantos otros— al límite en que el espíritu trasciende a lo absoluto. Estaba, pues, preparado por su vida —como el estoico antiguo— para enfrentarse con su muerte. Ya no está con nosotros. Y nosotros, ante su partida sin retorno, sentimos el desgarramiento de una pérdida entrañable, porque con don Enrique Molina algo muy valioso de nuestro Chile se ha ido para siempre.

DEL REPRESENTANTE DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA,
SEÑOR CARLOS HAMILTON

"NO PODIA faltar una voz en este momento solemne.

"No podía falta la voz de un alma gemela que se inclina reverente y dolorida ante la tumba abierta de un gran maestro.

"Es la voz de la Universidad Católica de Chile, la vieja y casi centenaria casa universitaria con que la iniciativa particular contribuye a la obligación de enseñar, de forjar las generaciones de chilenos. Y esta voz se hace oír en el momento que otra Universidad viene a devolver a la tierra el cuerpo mortal de uno de los más viejos y esclarecidos educadores chilenos.

"A través de mis palabras, lleno de emoción, porque veneran la figura de los que forjan el alma de los hombres, por tradición de sangre o por mandato imperioso del destino.

"Traigo la voz de mi Universidad y con ella la de su rector tan unido por largos años a esta ciudad de Concepción; y traigo hasta el recuerdo de otro hombre visionario, hermano de don Enrique Molina en su misión excelsa, porque en esta tarde se removerán los huesos depositados en el pórtico de la Universidad Católica, de aquel hombre de cuerpo pequeño y contextura débil, su gran amigo que en tantas ocasiones laboraron juntos por la enseñanza superior chilena, don Carlos Casanueva.

"La historia de la educación universitaria chilena unirá a estos dos hombres como sus espíritus que juntos buscaron, tal vez con distintas facetas, la verdad pura e inmanente hoy juntos también gozan de la paz que dará verdad eterna.

"La Universidad Católica de Chile recuerda a don Enrique Molina en su labor conjunta del Estatuto Universitario; en su asociación al triunfo de los cincuenta años de nuestra casa, en cuyos patios un monumento del mármol místico y guerrero acusa el saludo fraternal

de la Universidad de Concepción y de su fundador, don Enrique Molina Garmendia.

"Señores, para nosotros, para nuestra Universidad no hay nada más digno, ni nada más humano que la labor de educar. Para nosotros, educar significa cooperar a la obra de la creación humana, ordenada por el Hacedor. No sólo es crear la fusión de la carne por el mandato del amor que da la vida; es también el engendrar en el espíritu, que es lo que determina la condición humana.

"Padres y madres de esta tierra han encomendado la mente y la voluntad de sus hijos al maestro. Es por esto, sacerdocio por excelencia entre los hombres.

"Hoy te he engendrado al modelar tu espíritu, pudo decir don Enrique Molina, como un eco, imitación, de lo que dice el Génesis infundió Dios en el barro de la tierra espíritu viviente.

"Quien alce la voz y fije el trazo de su vida en el respeto de los padres a terminar por mandato natural, la generación de sus hijos ha cumplido la misión más alta entre las misiones humanas.

"Y fue en este suelo, de hondo arraigo nacional, tierra de la Concepción, donde el viejo apóstol, concibió su obra educadora, consecuencia lógica de la concepción misma de la vida humana, por el amor del hombre.

"El que educa es un padre y de muchos padres se forma la Patria. Y Chile, ante el hambre de los cuerpos desnutridos de su pueblo, tiene también el hambre más intensa de los espíritus que buscan la formación y el temple de los hombres.

"Ante esta tumba abierta, yo formulo una plegaria desde lo más íntimo del alma; una plegaria por don Enrique Molina el educador visionario y realizador; en esta etapa, en que termina su vida perecedera y se cambia por otra que da la paz y para siempre.

"Y esta oración la dirijo al Padre, por excelencia, por que todos los que crean para el espíritu, cumplen el mandato más grande dado a la humanidad; y porque todo maestro que busca, por distintos caminos la verdad, encontrará para siempre la Verdad Eterna".

DEL PRESIDENTE DE LA FÉDERACION DE ESTUDIANTES.

SEÑOR ARIEL ULLOA AZOCAR

AYER, toda la noche de ayer, y a lo largo de este día doloroso y silencioso, hemos velado a nuestro muerto. A nuestro padre muerto.

Ahora mismo empieza a salir, por última vez, de nuestra casa: la casa siempre creciente, como los árboles hermosos, que él supo levantar un día para todos los hijos y las hijas de Chile.

En el centro de esta aula de trabajo y ejercicio, abierta y libre como su espíritu —verdadero claustro de los jóvenes— hemos sabido montar guardia y cuidar el primer sueño del ilustre pensador. Sepamos leer también, en ese sueño, el sentido de una larga vigilia en este mundo.

Porque este amigo grande, que ahora duerme, estuvo siempre despierto y nos enseñó la vida como su lección más alta y, con ella, la dignidad y el amor. Nos enseñó a ser nosotros mismos.

Por eso —porque las raíces vivientes de este hijo de sus obras se han venido multiplicando en Chile y fuera de Chile, y haciéndonos más claros y más hondos— no podemos aceptar su muerte como tiniebla o destrucción. Por eso mismo afrontamos este minuto con la lucidez de los fuertes que el fundador nos enseñara.

Por todas partes vemos su obra y podríamos decir que la vivimos y respiramos. Sabemos que no fue el único que puso en esto la semilla, pero fue seguramente el mejor: el más resuelto y el más sereno, el más audaz y visionario.

Honor a este chileno que nos trajo el impulso creador del otro siglo, cuando había que hacerlo todo por primera vez. Honor a este adelantado en la conquista de nuestro desarrollo libre.

Que nadie diga, entonces, quién fue, sino quién es este trabajador infatigable que todavía vive como un compañero más entre nosotros. Así lo vemos y sentimos: en la realidad de la tarea común,

porque lo supimos siempre joven, con las urgencias y los problemas de los jóvenes verdaderos en este mundo en construcción.

Para hacerlo más nuestro, recordemos que también él sufrió penurias en su mocedad, y limitaciones, y supo desafiar las tormentas de toda especie, como hoy nos corresponde a nosotros.

No tuvimos la fortuna de escuchar su palabra, pero seguimos y seguiremos oyéndolo.

Porque, más que fundador, él es la encarnación misma del espíritu universitario entre nosotros: ese espíritu que nos enlaza a todos en la verdad.

Sabemos que las universidades son del mundo. La que ha germinado en Concepción fue construida en el fuego de esta vida que ahora vuelve a la tierra.

En nombre de la Federación de Estudiantes, me honro con llamar padre y amigo a este mortal que entra en la historia más decisiva de la patria.